



Editorial Universidad de Antioquia

Moscas de todos los colores

Barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934

Jorge Mario Betancur Gómez



3.^a edición

Clío



Editorial Universidad de Antioquia

Moscas de todos los colores

Barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934

Jorge Mario Betancur Gómez



3.^a edición

Clío

Jorge Mario Betancur Gómez

Moscas de todos los colores

Barrio Guayaquil de Medellín, 1894-1934

3.^a edición

Clío

Editorial Universidad de Antioquia®

Colección *Clío*

© Jorge Mario Betancur Gómez, 2000, 2006 (Editorial Universidad de Antioquia®)

© 2021, Editorial Universidad de Antioquia®

ISBN: 978-958-501-090-1

ISBNe: 978-958-501-091-8

Tercera edición: diciembre de 2021

Motivo de cubierta: “Mercado de carnes”, Plaza de Cisneros, 1910, foto de Manuel A.

Lalinde, archivo fotográfico Biblioteca Pública Piloto de Medellín

Hecho en Colombia / Made in Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin autorización escrita de la Editorial Universidad de Antioquia®

Editorial Universidad de Antioquia®

(57) 604 219 50 10

editorial@udea.edu.co

<http://editorial.udea.edu.co>

Apartado 1226. Medellín, Colombia

Imprenta Universidad de Antioquia

(57) 604 219 53 30

imprensa@udea.edu.co

Contra las moscas:

Para destruirlas en los cuartos, tómese media cucharadita de pimienta negra, en polvo, una cucharadita de azúcar morena y una cucharadita grande de crema de leche, mézclase todo y colóquese en un plato que se pondrá en la habitación de donde se desee expulsarlas

El Cascabel, 20 de diciembre de 1900

A Patricia Nieto

Al abuelo Luis Enrique Betancur

Al maestro Luis Antonio Restrepo

Esta investigación fue posible gracias al apoyo de Colcultura y de profesores y condiscípulos de la maestría de Historia de la Universidad Nacional de Colombia; a las sugerencias, críticas y ayudas de Roberto Luis Jaramillo, Ana María Jaramillo, Marta Villa, Javier Toro y Juan Carlos Jurado; a los ancianos que con generosidad me narraron, una y otra vez, los recuerdos de sus primeros años de vida; a Fernando Hernández por su trabajo de transcripción y a Rubén Vasco por sus oportunas y amables correcciones. En especial, gracias al profesor Fernando Botero Herrera, tutor permanente del proyecto, y a Manuel Bernardo Rojas y Patricia Nieto, por su atenta lectura.

Jorge Mario Betancur Gómez

Comunicador Social-Periodista de la Universidad de Antioquia y Magíster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia, es también autor del libro de crónicas *Déjame gritar* (2013).

Prólogo

Es muy grato leer un libro como este, producto de una investigación seria con resultados útiles y divertidos. Hace ya algunos años que en las universidades colombianas se adhirió a una nueva corriente, la “historia urbana”, mas no todos los libros, artículos e investigaciones de esa tendencia son escritos con amenidad para ser agradables al lector.

Un buen antecedente tuvimos entre nosotros con *Historia e historias de Medellín*, el libro de Luis Latorre Mendoza (1868-1940), habitante del barrio San Benito. Las divertidas historias de Latorre —narrador de oficio y periodista de entretenimiento— son contadas con algo de anécdota picante, y mucho de política; son bien escritas, aunque documentadas con pobreza, como se hacía en ese tiempo. Son distintas las historias de Jorge Mario Betancur Gómez —periodista e historiador profesional—, cargadas de anécdotas bien afirmadas en las fuentes que todo moderno trabajo histórico debe usar con eficacia. Latorre pretendió abarcar a Medellín, y destacó a los llamados señores importantes; en este libro Betancur se concentró en la historia barrial, urbana, social, dura, aterradora y divertida.

Hasta Guayaquil, una hacienda que limitaba el crecimiento urbano de Medellín a finales del siglo XIX, llegaban las últimas calles de la vieja villa; el resto del predio eran mangas cenagosas enmarcadas por un zanjón nauseabundo y las orillas del río. La propiedad se benefició con obras públicas, se trazó con amplias calles, se loteó con utilidades jugosas para sus dueños y nació como “Guayaquil”, asiento de nuevas y grandes casas para nuevos y grandes ricos, pero una plaza de mercado cubierta, un buen puente, trabajos de desecación, sueños de urbanistas, más dos estaciones terminales de sendas líneas férreas cambiaron totalmente los proyectos del Barrio del Sur, sector

de la ciudad ubicado al sur de la calle de Ayacucho (o de la Amargura). Y es trabajo del historiador detectar el cambio, anotarlo con cuidado, interpretarlo con inteligencia y contarlo con amenidad para que sea leído con gusto y utilidad.

Moscas de todos los colores, una investigación que ya conquistó un premio en 1998, es un libro que merece esta nueva edición, pues las anteriores se agotaron con rapidez. Mucho se debería resaltar en este trabajo de síntesis de un barrio y de conjugación del oficio, porque en él se funden o enlazan dos actividades: la buena crónica que se pide al periodista de siempre, así como la excelente investigación, interpretación y narrativa que se exige al historiador de hoy.

Recrear el paisaje de un barrio requiere la pasión del dibujante, pero no es suficiente; para lograrlo hay que trabajar con maña, con destreza, con suma habilidad el problema de las fuentes. Aquí el autor hurgó en lo que casi siempre buscan los periodistas: la fuente oral. Y la enriqueció porque le aplicó la crítica, la deseable crítica, la exigente crítica a lo que le dijeron; no contento, buscó otras fuentes para armar un tejido con trama, con urdimbre. Fuentes impresas, fuentes manuscritas, fuentes gráficas. Y les aplicó el contrapunto que no es contrapeso ni equilibrio entre fuentes. Hay un encanto adicional: el de los recursos técnicos en la escritura; un desfile de verbos y acciones verbales, el uso de las cursivas para hacer caer en la cuenta al lector de las palabras precisas en la conversación diaria, de metáforas que ya casi se pierden por el desuso. Es, en fin, un trabajo de muy buena escritura con pretexto: contar mucho de lo que pasó en un barrio que ayudó a modernizar a la ciudad y a los recientemente llegados a él.

Roberto Luis Jaramillo

Introducción

En 1929 Medellín se llenó de moscas de todos los colores. Llegaron embarcadas en el tren, procedentes de Puerto Berrío.¹ A mediados de ese año se perforó el túnel de La Quiebra y el itinerario del Ferrocarril de Antioquia se cumplió sin interrupciones entre el poblado del río Grande de la Magdalena y la segunda ciudad de Colombia. Los bichos se sumaron a un éxodo continuo y regular que, desde varias décadas atrás, venían realizando hombres y mujeres de pueblos de todo el departamento.

Los forasteros, casi todos sin fortuna, atraídos por la prosperidad de Medellín, habitaban *casuchas*² y *piezas* húmedas y estrechas, o se sumaban a una como incontenible *nube de langostas* que se adueñó de calles y plazas. Y fueron asociados al barrio Guayaquil, ubicado al sur, a unas tres o cuatro cuadras del Parque de Berrío, centro de la población.

Con dos estaciones terminales de ferrocarril, el de Antioquia —conectado al río Magdalena— y el de Amagá —procedente de las tierras del sur—, una bien dotada plaza de mercado cubierta, trilladoras de café, regimiento militar, iglesia, hoteles, pensiones, almacenes comerciales, pequeñas industrias, depósitos, clubes, cantinas, prostíbulos, restaurantes, cafés y terminales de tranvía, buses, camiones, autos y coches de tracción animal, Guayaquil era el centro de un *hervidero* de gente de todos los colores, en el Medellín de 1930.

El paisaje del barrio sirvió de lugar privilegiado para la circulación de mercancías. Sus ventanas, calles y esquinas fueron escenarios de intercambios y negocios con pequeños y grandes capitales. Muchos antioqueños subsistieron gracias a esta vida de constante trueque; otros, más bien pocos, lograron acumular grandes fortunas.

Guayaquil fue un centro en sí, el lugar donde el capitalismo mostraba su fuerza, y donde muchos habitantes de Medellín sobrevivieron sin necesidad de ir a otros sitios de la ciudad.

Alrededor de este mundo de la compra y la venta aparecieron los más inverosímiles personajes, que, además de intercambiar mercancías, generaron la circulación de otros valores, creencias, mitologías y formas de pensar. Obispos y gobernantes reforzaron sus discursos sobre la moral y las buenas costumbres. Palabras cargadas de asepsia, rumores de maldición y mitología del infierno se esparcieron por los labios de los moralistas e higienistas, preocupados porque este barrio no aceptaba, como ellos quisieron, sus preceptos sobre el valor de la religión católica, el trabajo y el ahorro, banderas de la “pujante raza paisa”.

Allí nació un mundo contradictorio y complejo. En ese barrio de *tradiciones sombrías* la ciudad mostraba su dolor, sus vergüenzas, sus diferencias y sus posibilidades y fuerzas al mismo tiempo. Los diferentes actores sociales, de sectores medios y populares, y de la propia burguesía local, sabían que en Guayaquil se movía algo más que el dinero. Los afectos, las culturas y hasta las mentalidades entraban allí en conflicto para dar origen a una masa heterogénea, creativa y dinámica.

Muchos cronistas recogieron opiniones generalizadas de la elite de la población según las cuales Satán estaba aliado con Guayaquil. El barrio y sus personajes fueron asociados, desde sus primeros años, al infierno, al mal y a la perdición. En esta palabra, perdición, se resume buena parte de su historia. Desafiando a curas y patronos, los *guayaquileros* mantuvieron una actitud de vida atraída por el riesgo. Generaron riquezas en ocupaciones ilícitas como la prostitución y el robo, y dilapidaron sus ganancias, sin promulgarlo a los cuatro vientos, en acciones caracterizadas por el “gasto inútil”.³

Instados a rezar, producir y ahorrar, prefirieron conjugar verbos diferentes. Nacer, despilfarrar, robar, cagar, beber, copular, pelear, matar y pedir marcaron el rostro de los seres anónimos que maduraron a Guayaquil, barrio de amores y odios, nacido en Medellín en las dos últimas décadas del siglo XIX.

1 Jorge Mario Betancur Gómez, entrevista personal a Ricardo Jiménez, 1995.

2 La mayoría de las palabras resaltadas con cursiva forman parte del acervo lingüístico de la época estudiada. Muchas de ellas están fuera de uso o tienen un significado diferente del actual.

3 Georges Bataille, “La noción de consumo”, en *La parte maldita*, Barcelona, Edhasa, 1974.

1. Nacer

Rezar, orinar y acostarse

Una temperatura suave, una tertulia familiar, un chocolate espeso, un juego de baraja, un tabaco recién armado, tres Aves Marías y un Padrenuestro cerraban la noche de la mayoría de los cuarenta mil habitantes de Medellín al comienzo de la década de 1890.¹

En este como “limbo de la monotonía”, como fue descrito por el escritor Tomás Carrasquilla, casi todos los hombres amaron el trabajo por sobre todas las cosas, y antes de que el sol iluminara el espléndido valle estaban dispuestos a sacarle todos los frutos a la tierra. En las afueras de la naciente ciudad, tuvieron fincas fértiles donde cultivaban hortalizas y frutas. Muy cerca engordaban vacas, cerdos y gallinas. En el centro de la población construyeron casas, edificios, escuelas, colegios y universidades, paseos, museos, teatros, hoteles, bancos, talleres, almacenes, hospitales, plazas, parques y jardines. Varias casas, de *hombres honorables*, sobresalieron por ser quintas lujosas. Imponentes, fueron levantadas en las orillas de la quebrada Santa Elena, que recorría la población de oriente a occidente. Las mansiones de José María Amador y de Tulio Ospina eran el orgullo de todos. Ladrillos rojos, verjas de hierro, surtidores de agua, jardines, salones y aposentos resaltaban por sus bellos acabados y exquisitos decorados.

Fueron pioneros en la industria. Celebraron el día patrio de 1893 con la primera exposición de actividades artesanales y pequeñas industrias domésticas en el país. Una multitud recorrió seis salones para ver los avances de los antioqueños en pintura, fotografía, música, tipografía, encuadernación, escultura, cerámica, ebanistería, armería, agricultura, zapatería, talabartería, sastrería, *dentistería*,

cerrajería, y en la fabricación de tejidos de lana y algodón, objetos de cuerno e instrumentos de música.²

Visitaban la casa de Leocadio Arango, quien tenía en su residencia un museo propio. La gente que la recorrió se deleitaba con la colección de *cucarrones* vestidos con ropajes dorados, los cuarzos auríferos, las aves disecadas, las mariposas y los muestrarios de oro en polvo de todas las localidades de Antioquia, guardados en frasquitos acomodados en cajas lujosas, a la manera de un botiquín homeopático.

Fue Medellín una dama engalanada de oro. Aprendieron a vestirla con él gracias al comercio con las regiones mineras. En tierras lejanas lo conseguían a cambio de vestidos, comidas y bebidas. Hecho polvo, lo conducían a la Casa de la Moneda para fundirlo y enviarlo en lingotes al exterior.

De Europa y Estados Unidos, los privilegiados de la fortuna trajeron los más sofisticados avances del mundo, en las últimas décadas del siglo XIX. Se comunicaban por telégrafos y teléfonos con las poblaciones vecinas, viajaban en tranvía y en lujosos coches, y saboreaban caviar mientras sus hijas interpretaban exclusivas melodías en pianos de larga cola. Amantes de la música, en los días feriados lucían saco, zapatos, sombrero y bastón para escuchar la retreta que ofrecía la banda musical en el Parque de Bolívar. Aprovechaban la velada artística para mirar la belleza de sus mujeres. Al vaivén de las notas musicales, observaban la soberbia fachada de una catedral en construcción, que hacía ver pequeñas las casas de uno, dos y tres pisos, habitadas por las familias de la población.

Aunque ricos y pobres se sentaban en bancas separadas para escuchar la misa, todos eran respetuosos de Dios y de las buenas costumbres, visitaban los templos, rezaban cuatro o cinco veces al día y seguían, con fe ciega, los mandatos del obispo Joaquín Pardo y Vergara y de la santa madre Iglesia. Los más acomodados habían asumido que los más pobres eran sus hijos. Por eso, edificaron una casa para los mendigos, otra para los ancianos y una más para los locos. Destinaban unos días de la semana para dar de comer, en sus

cocinas, a los pobres vergonzantes y casi siempre auxiliaban a los infelices, que jamás llamaron en vano a sus puertas.³

En los mínimos ratos que dedicaban al ocio, iban al teatro, escuchaban zarzuelas y óperas, observaban simpáticas corridas de toros y admiraban las compañías de acróbatas, contorsionistas y maromeros. Algunas veces, al anochecer, a la luz de velas colocadas en candelabros y lámparas de arañas, las damas y los caballeros asistían con exquisita cultura e irreprochable compostura a las fiestas de salón. Eran bailes de la alta sociedad ofrecidos por un don Marceliano Callejas, un don Gabriel Echavarría, un don Alejo Santamaría, un don Víctor Gómez o un don Carlos Coriolano Amador. Por lo general, allí se decidía, entre músicas y vinos, la suerte de un negocio o el pacto de un nuevo matrimonio.⁴

Sin luz eléctrica, las sombras en las calles se volvían tenebrosas. Fantasmas y seres de otro mundo se tomaban la población. Pero no había qué temer, todos estaban en casa. Al amparo de una vela de sebo, un candil, una bujía de esperma o una lámpara de petróleo, preparaban el sueño, reincidiendo en un par de oraciones para descansar con las conciencias tranquilas. En este como “limbo de la monotonía” la escena se repetía. Una temperatura suave, una tertulia familiar, un chocolate espeso, un juego de baraja, un tabaco recién armado, tres Aves Marías y un Padrenuestro para cerrar la noche. Mierda, pura mierda.

Manchar

Mierda fue lo que vieron los residentes y caminantes de una calle llamada Santamaría, reconocida como la carrera Cúcuta, habitada por gente humilde en terrenos donados por la acaudalada familia del mismo apellido. En la mañana del Jueves Santo de 1894, las puertas, las cerraduras y los tableros de todas las casas de ese lugar de la población amanecieron embadurnados con materias fecales.⁵

La repugnante acción fue atribuida a bárbaros, gente sin dios ni ley que osó desafiar, con semejante escándalo, la tranquilidad de un tiempo santo. Alguien merecía un castigo.

A nadie le extrañaba la mierda en sí. Por ser Medellín un lugar sin alcantarillado y con muy escasas letrinas y desagües, sus habitantes se procuraban discreto excusado en cualquier parte. La infinidad de *mangas* y potreros, matizadas por arbustos y flores, y la presencia de corrales y pesebreras favorecían la situación. Era normal que muy temprano, cada día, el incipiente sol de las seis de la mañana sorprendiera a tenderos, artesanos, carpinteros y a toda clase de comerciantes arrojando desperdicios y basuras a las calles. Pero aquello era distinto. Un ataque asqueroso. ¿Por qué alguien había ensuciado las puertas de sus vecinos con mierda? ¿Quién se había tomado el repugnante trabajo de manchar sus manos con tal inmundicia?

En esa Semana Santa de 1894, quién sabe si alguien podía responder estos dos interrogantes en Medellín.

Por aquella época, muchos tenían razones para manifestarse ante los otros con semejante “porquería”. Los mendigos, las putas, los hijos *calaveras* de la elite paisa, los vagos o los locos de atar. Cualquiera pudo embadurnar de mierda las puertas esa noche. No se supo quién fue. Por rabia, por odio, por escandalizar, por protestar, por placer o por locura, alguien aprovechó las sombras para marcar las puertas de la calle Santamaría. No se supo por qué.

Los excrementos, a la entrada de las casas, eran otro símbolo. Por supuesto, no el de la “limpieza y el orden”. Eran indicio “mugroso” de un pequeño poblado que comenzaba a parir una ciudad entre pesebreras, con la complejidad propia de cualquier sociedad de humanos donde reinan intereses diferentes. De algún modo se había levantado la parte oculta, la cloaca, de aquel “limbo de la monotonía”.

En Medellín, muchos conflictos seguían sin resolverse en la década de 1890. La discriminación, la segregación, la persecución política, los abusos de autoridad, la corrupción, la delincuencia, la criminalidad, la guerra y el hambre, acentuados por la invasión de langostas, el invierno y las pestes que afectaron los cultivos en todo el país, le quebraron el espinazo a la rutina de los últimos años del siglo XIX.

Los negros, las mujeres, los forasteros, los niños y los que no hubieran podido “blanquear” su condición por las gracias de la fortuna pagaron un alto precio en humillaciones, ofensas y discriminaciones para ser aceptados como pobladores de tercera.

Un día cualquiera de 1892, en el Cementerio de San Lorenzo, conocido como el de “los pobres”, diez estudiantes de medicina, protegidas sus camisas finas y pantalones de paño con batas blancas, diseccionaban, con minúsculos bisturís, el cadáver de un hombre negro. Tirado sobre la mesa de madera, el cuerpo sin vida parecía escenificar el destino de los excluidos, de los seres condicionados por su posición social. Como paradoja, el cadáver de este poblador de tercera, despreciado, que expelía olores repugnantes, se ofrecía, en la rigidez de la muerte, para que los futuros médicos, hijos de la elite local, conocieran la ciencia que aumentaría su poder.

A finales de 1893, era usual escuchar gritos aterradores provenientes de la prisión. Por su afición a los naipes y a los dados, un preso había sido obligado por su carcelero a padecer el tormento del cepo de campaña. En cuclillas, el infeliz soportó, entre los muslos y el vientre, el peso de treinta barras de hierro que le destrozaron los dedos pulgares.

Durante los días en que Fidel Cano, director del periódico *El Espectador*, estuvo tras las rejas, por su pertinaz oposición al gobierno conservador, no salió de su asombro con la crueldad de sus carceleros. Por meras sospechas, vio castigar a un hombre con un método repugnante. En uno de los patios, a pleno sol, desnudo, el desgraciado había sido obligado a cargar sobre sí, por horas, largas y pesadas cadenas.

No corrieron mejor suerte los propios soldados del servicio de guardia carcelario. Cinturones y espadas de cabos y oficiales marcaban a golpes sus espaldas para que aprendieran el significado de la palabra obediencia.

Las mujeres tampoco escapaban a las torturas. Aterrada, la noche del 7 de junio de 1892, una prostituta se desmayó en la cárcel municipal. Momentos antes, un carcelero, habilitado de verdugo, con varios policías y en presencia de algunos funcionarios, había cortado la cabellera a otras tres putas. El hombre obedecía así la

orden de limpieza, señalamiento o profilaxis, emanada por una junta que reunió a gobernador, alcalde y autoridades de policía. Temerosos de las venéreas, que abundaban en Medellín, las autoridades creían solucionar el asunto distinguiéndolas de las demás señoras de la población, marcándolas como mujeres mal reputadas, rapando sus cabezas.

Al día siguiente, el rumor de la infamia se esparció veloz por calles y casas. Como de costumbre, la sociedad daba la espalda a las pecadoras de la carne. Nadie hablaba en público de ellas, aunque casi todos sabían que fraguaban su sexo con clientes de doble faz, en la espesura de una noche sin luz, en “cuevas” de barrios alejados como Guanteros. Por esos años, el pudor y la moral no permitían que el sol de Medellín conociera de amores ilícitos.⁶

Los animales vagabundos tampoco se salvaban del afán limpiador de los guardias. La luz de varios amaneceres sorprendió los cadáveres de perros muertos en las calles, en los primeros meses de 1892. Provistos de tósigos letales, los policías envenenaron a centenares de sabuesos que vagaban de un lado a otro de la población. Desentendidos, eso sí, de los refinados métodos de ciudades “civilizadas” como París y Nueva York, donde se evitaba todo lo que fuese ejemplo de crueldad.⁷

Un tal general Jaramillo trató como perros a los hombres y las mujeres que “reclutó” para la construcción del Ferrocarril de Antioquia, en la colonia de Pavas. En 1891 comandó los trabajos con férrea disciplina, gracias a las sutilezas del látigo, el palo y el cepo.⁸ Una muchacha Serna, que se había fugado con un preso, luego de que el general la obligara a casarse con un muchacho que no amaba, atrapada unos días después, recibió como castigo la orden de cargar guaduas hasta el campamento y, de allí al gradual, la de arrastrar sobre la espalda a su compañero de huida.

Como si todo anduviese a las mil maravillas, por los días de aquella fuga, las principales familias de Medellín ofrecieron un espléndido baile a los representantes de la casa Punchard, McTaggart, Lowther & Co. de Londres, constructora del ferrocarril. En un español burdo, los ingleses hablaban del progreso y la civilización que ellos proporcionarían con la terminación de la obra.⁹ La belleza de las

damas invitadas y las particularidades del champaña lograron que todos olvidaran, en aquella velada, al tal general Jaramillo y los descalabros y la corrupción del ruinoso contrato realizado con los ingleses.

Los engaños de los británicos, sumados a las tretas y mañas de varios nacionales, entre ellos algunos ministros, funcionarios estatales y respetados señores de Medellín, originaron cierto escándalo de prensa, que no pasó a mayores, cuando pretendieron enriquecerse a costa del contrato, sumando sus nombres a los de infames salteadores de cuadrilla.¹⁰

Las familias de *pro*, como llamaron a las prósperas de la población, estaban más alarmadas por el aumento de robos, esos de menor categoría, en la ciudad. Muchas tapias de las residencias habían sido escaladas y las cajas fuertes de algunos negocios violadas por miserables y hambrientos ladrones.

En 1893 apareció la —muy probablemente— primera estadística criminal en un periódico local. Con un fogonazo de pistola rústica o el filo de un cuchillo o el contundente golpe de una piedra o de un garrote, 549 personas fueron asesinadas entre 1889 y 1893 en Antioquia. La mayoría de los casos se presentaron los domingos, los días feriados y bajo los efectos del alcohol.¹¹ Ni la pena capital, vigente para entonces, detenía a los asesinos.

No solo los homicidas de cuchillos y pistolas causaron muchas muertes ese año. Un empecinado y violento invierno diezmo los campos de la región antioqueña. El hambre y las pestes también hicieron de las suyas. Las gripas y los catarros se volvieron temidas neumonías. El asma y la bronquitis se recrudecieron con las aguas. Lo propio hicieron la viruela, el tifo, la tisis y la tuberculosis.¹²

Durante estos últimos años del siglo XIX, los habitantes de Medellín vieron, oyeron o supieron de discriminaciones, persecuciones, abusos, ofensas, humillaciones, atropellos, señalamientos y castigos, pero callaron. Aprendieron la lección que desde los púlpitos enseñaban los curas, que publicaban los periódicos y que en las mesas de comedor reforzaban padres y madres: ver, oír y callar. La clave de vivir en sociedad residía en no permitir la propagación del escándalo.

Con agua y jabón, los residentes de la calle Santamaría limpiaron las puertas de sus casas. No obstante, la embadurnada con mierda de ese Jueves Santo no se reducía a un asunto de limpieza o suciedad. Era, más bien, el indicio de una confrontación subterránea entre culturas encontradas. La elite, con sus obispos, matronas y cronistas de diario, ignoraba la expresión de una cultura popular forjada por seres anónimos, muchos de ellos forasteros. Ilusa, seguía gritando las hazañas de una supuesta “raza” amante del trabajo, la religión y la familia; y apenas sí reconocía el conflicto en discretos rincones de homilías y páginas de periódicos, donde alertaba contra los poderes del diablo, personificado, por ella, en bebedores, jugadores, *mujerzuelas*, vagabundos y ociosos.

Por momentos calculada, por momentos espontánea, por momentos cercana, por momentos lejana, esta confrontación sirvió para que nuevos personajes, como un enjambre de moscas de todos los colores, buscaran su lugar, así fuese a estrujones, en los recovecos libres de la naciente ciudad parida entre pesebreras.

Gestar

En 1880, los poderosos y ricos comerciantes residentes del Parque de Berrío, a menudo, pedían policía alarmados por las músicas y los bullicios que llegaban a sus casas de balcón con los aires de la noche, desde los extramuros del sur, donde vivían los artesanos de Medellín.¹³ El ruido provenía del barrio Guanteros, un *hervidero* de gente popular. Allí, trabajadores, pequeños comerciantes, artesanos, campesinos, músicos, vagabundos y vividores se fundieron en una masa compleja, que en el día laboraba de sol a sol y en la noche aprovechaba los destellos a la luna para festejar en verbenas alrededor de tiples y damajuanas de aguardiente. En aquellas horas nocturnas, muy pocos se arriesgaban por esos parajes.¹⁴ Si alguien asistía a los famosos bailes de Guanteros, procuraba despedirse antes de que, como era usual, la luz provista por decenas de velas se esfumara, por obra de mano desconocida, y comenzara el célebre zafarrancho de garrotes y gritos.

Los bailes “de garrote”, en los que no había *cachacos* porque estos no recibían en los suyos a la plebe, eran famosos los sábados en la noche. Por tradición popular, se había extendido la leyenda de que un señor, asiduo bailarín, y su paje, un negro macizo, camuflaban los garrotes bajo capas españolas, hasta las doce de la noche. A esa hora, la dupla apagaba las velas y convertía la fiesta en una orgía de palos del demonio.¹⁵ Así se propagó la fama, mala por supuesto, de las calles del animado barriecito. El lugar, a pesar de ser habitado por muchos hombres y mujeres dedicados al trabajo, era visto por el resto de Medellín como un lugar no santo, casi diabólico, asociado con misteriosas y terribles historias del vicio y el mal, propias de *mujerzuelas*, ladrones y criminales.

Pío Cruz, seudónimo de un supuesto *caimán*, apodo dado a vagos y ociosos, engendro de todas las patrañas, mezquindades y bajezas de un bebedor, peleador y jugador, escribió para la *Revista de la Policía* el relato de su vida en los suburbios de Guanteros.¹⁶ Pío, arrepentido por supuesto, narraba allí su historia de salvación. Una noche de 1888 había escuchado esa vocecita de sirenas, que de nuevo lo atraía a su excursión vagabunda. Provocado por las botellas de aguardiente y el golpe seco de un par de dados, había entrado a una taberna de malas pulgas, en una esquina del célebre barrio. Su garganta se agrietó con el fuego de los primeros tragos y tomó asiento en la mesa de los tahúres, escasamente iluminada con una lámpara de petróleo. Entre sudores, escalofríos y la más alarmante ansiedad, jugó y perdió todo. “Educado” en las *mangas* de las afueras de Medellín, donde Pío solía sonsacar el dinero a menores y a campesinos distraídos, con dados falsos, no aceptó la derrota y montó en cólera. Golpeó al ganador con un certero puñetazo en la cara. Huyó su rival y lo alcanzó en la calle oscura donde con su revólver amartillado le apuntó al pecho y disparó. Un fuerte dolor de cabeza lo despertó a la mañana siguiente en un calabozo de la cárcel municipal, a donde fue conducido por el policía que desvió su arma en el momento del fogonazo. Todo cambió para Pío Cruz en aquella ocasión; la policía y Dios lo habían librado de convertirse en un asesino y por ello se comprometió, desde entonces, a ser un buen padre de familia, amante del trabajo y de la vida honrada. Adalid de

la moral y las buenas costumbres, renegó de Guanteros, olvidó su vida de *caimán* y nunca más visitó los garitos y las tabernas, a donde los demás iban por montones.

Exagerada y todo, esta fábula pudo ser una aceptable radiografía de aquel lugar de la población que agrupó una cultura popular fuerte y dinámica. Casas y calles frecuentadas por artesanos, rameras y jugadores, y que también habían sido el nido de una camada de artistas populares, maestros en la interpretación y fabricación de la vihuela, músicos y compositores, en el Medellín de 1880.¹⁷

Con el paso de los años, en las proximidades del siglo xx, esta cultura popular propagada por personajes complejos, contradictorios y móviles buscó su lugar en Guayaquil, el naciente barrio que surgió en unas *mangas* anegadas y fangosas al sur, a mayor distancia del centro de la población, en cercanías del río Medellín.

Germinar

La quinta más hermosa de Medellín, en 1880, perteneció a Juan Uribe. La mansión era mostrada con orgullo a los pocos extranjeros que visitaban el municipio por aquellos días. La presentaban como una residencia de campo, ubicada dos cuadras al sur y dos al oeste del Parque de Berrío. En sus cercanías edificaron casas los ricos señores Botero y el general Herrán, y se construyeron los edificios de la gendarmería departamental, la cárcel de varones, los juzgados y el tribunal.¹⁸ También se levantaron, sobre la calle principal del sector, el camellón de Carabobo, las casas de otros poderosos como Pedro Nel Ospina, que llegó a ser presidente de Colombia, y de Julián Vásquez, rico comerciante. Las lujosas residencias estaban unos cuantos pasos antes de la quinta de Juan Uribe, la última de la población en esa dirección. Con la espléndida mansión terminaban las 170 hectáreas de Medellín, en 1880, divididas en dos para el servicio de policía. La calle de Ayacucho servía de límite. Se llamó Barrio Norte al sector central, conformado por las casas del Parque de Berrío, San Benito, la Veracruz y cercanías, y Barrio Sur a las de Guanteros y los sitios vecinos.¹⁹

Las casas de Uribe, Ospina y Vásquez hicieron parte del nuevo Barrio Sur. También, en esa dirección, había unas casitas de paja, un *carreteable* y un puente de ladrillos, construido con calicanto, que comunicaba con las fracciones de Belén y Guayabal, y los municipios del sur. Por el calor y en honor a una tierra caliente del occidente de Antioquia, decidieron llamar Sopetrán a esas *mangas*, ocupadas por numerosas lagunas y pantanos formados por el río, meandros elegidos por millares de patos migratorios, como estación de paso, muchos de los cuales terminaban su viaje convertidos en delicioso plato de los cazadores, que esperaban su llegada cada año.

Cerca del puente, en una *casucha* maltrecha, José Velásquez vendía un aguardiente que quemaba las entrañas de los aficionados a la caza y la pesca, las diversiones de mayor auge en ese tiempo. Pescadores y cazadores se refugiaban de los mosquitos y el sol a la sombra de esta cantina de vara y paja. Un señor Venancio Calle juzgó que el calor producido por aquel aguardiente vendido allí era muy superior al del mediodía en Sopetrán. Otro, un veterano de las guerras de independencia, que conoció las lejanas tierras del Ecuador, dijo que esa quemazón, la del aguardiente de don José, solo tenía su par en el calor de Guayaquil, ciudad costera del vecino país. Desde entonces, todos llamaron Guayaquil al puente sobre el río construido por el ingeniero alemán Enrique Hausler, al camellón que cruzaba por él y a los terrenos cercanos.

En 1889 llegó el arquitecto francés *monsieur* Charles Carré, contratado por el obispo para construir la catedral del Parque de Bolívar. El millonario Coriolano Amador, dueño de buena parte de los terrenos de Guayaquil, amante de los viajes a Europa y del lujo, decidió contratarlo para que le edificara una mansión y una plaza de mercado cubierta, al mejor estilo francés, en Medellín.

Porque despertaba un gran entusiasmo en los pueblos, la naciente ciudad creció inusitadamente, con centenares de forasteros de todas las regiones de Antioquia, que llegaron a buscar fortuna en su seno. Un coterráneo de Carré, *monsieur* Pierre D'Espagnat, lo entendió con lucidez, y, por tal motivo, llamó a Medellín el “estómago del oro” de la región.²⁰ Los propietarios de explotaciones, vetas o yacimientos del irresistible metal, en remotos parajes, levantaron sus

casas y tiendas allí. Separada de las minas por muchas jornadas de camino a lomo de mula, la ciudad se convirtió en el principal centro de negocios del metal en Antioquia.

Coriolano Amador, “el amo del oro” como lo llamaban sus contemporáneos, supo que el pequeño poblado estaba en trance de parir una ciudad, como las que él visitaba, en estadías de meses, en cada uno de sus regulares viajes a Europa. Hizo cuentas y trazó planes para sacar ventaja de los nuevos tiempos. Vio el mercado estrecho, desordenado, sucio, antihigiénico y caótico del Parque de Berrío, en el centro, y pensó en sus *mangas* y pantanos de Guayaquil. Una estupenda oportunidad para valorizar su tierra y, de paso, realizar una “obra cívica” por Medellín.

Invertir

En 1892 el Concejo de Medellín autorizó a los representantes de Amador para construir el mercado cubierto en el “excéntrico” barrio Guayaquil, ubicado a pocas cuadras del parque central. De inmediato, Carré dispuso los últimos detalles de los planos y comenzó el trabajo con la disciplina casi militar impuesta a cuatrocientos peones. En dos años, estos hombres hicieron un edificio moderno con armazón de madera de comino escogido y ladrillos pegados con calicanto. Con treinta y una puertas de hierro, tres estatuas de bronce traídas de Francia, ocho entradas para *bestias*, un kiosco con una fuente y asientos cómodos para señoras y paseantes, y doce excusados con pedales y agua abundante.²¹

A la una de la tarde del sábado 23 de junio de 1894, obispos, sacerdotes, generales, ricos, empleados públicos, matronas, señoritas, campesinos, trabajadores, músicos, lustrabotas, rameras, escritores, mendigos y miles de curiosos conocieron el edificio más grande de Medellín del siglo XIX.

Vieron al “ilustrísimo” obispo Joaquín Pardo y Vergara levantar su mano para bendecir la plaza de mercado de Guayaquil. Escucharon hablar del progreso y el modernismo en los discursos del general Cándido Tolosa y del señor Isaac Rendón. Aplaudieron cuando Juan Henao, administrador de la obra, entregó cuarenta

diplomas a los carpinteros, empleados, artesanos y trabajadores más destacados. Miraron con calma las galerías numeradas y marcadas con los nombres de los productos, encima de las cómodas: carne, maíz, fruta, fríjol, cacao y manteca. Y escucharon las notas marciales de la banda militar del Batallón Junín, vestida de gala.

Los curiosos asistentes observaron y recorrieron las ocho calles nuevas, de dieciséis metros de ancho, abiertas en terrenos de los Amador, dispuestas para el barrio comercial que allí comenzó a formarse. A la pretendida iniciativa cívica de Amador se habían sumado otras familias adineradas como los Restrepo, accionistas de carboneras en Amagá, y los Vásquez, propietarios de fincas cafeteras en el suroeste antioqueño. Estos clanes familiares levantaron edificios y casas lujosas alrededor de la plaza, con la perspectiva de que sus inversiones allí mejorarían con la futura construcción de la estación principal del ferrocarril.²²

Ellos, y otros ricos también, construyeron casas en Carabobo, Cundinamarca y La Alhambra. Las habitaron negociantes y comerciantes del centro que se fueron a vivir a las bellas y confortables viviendas de estas nuevas calles. Otros trasladaron sus negocios y talleres a las cercanías de la plaza. Antes de terminar su construcción, en 1893, año de varias tragedias invernales, en las que perdieron la vida cuatro agricultores de cuenta de los estragos de una quebrada llamada La Picacha, Urbano María Restrepo comenzó a ofrecer lotes, cerca al puente de Guayaquil, y una casa de dos pisos frente a la plaza, a precios “equitativos”.²³ Algo similar, pero a mayor escala, hicieron Eduardo Vásquez J. y Fernando Restrepo y sus hijos. A las salidas de misa, en los bailes de salón, en los periódicos, y en todas partes, ofrecían sus “magníficos” locales para todo tipo de negocios en los edificios que, a la europea, también construía Carré, contiguos a la plaza de mercado.²⁴ Entusiasmados, poco a poco, medianos comerciantes también fueron trasladando sus talleres y almacenes a Guayaquil, como lo había previsto mucho antes Amador.

Con la construcción de casas y edificios, la fama del barrio crecía, y mejoraban las ventas de algunos negocios como la fábrica de los hermanos Ospina, que producía ladrillos, adobes, molduras de toda clase, y tejas y atadores quemados con gas de hulla. Día tras día, más

y más comerciantes alquilaban locales.²⁵ En enero de 1894, por ejemplo, el sastre David Osorno avisó a clientes y amigos su voluntad de abrir sobre Carabobo la primera sastrería en aquel vecindario. Otro comerciante del centro, el dueño del café El Nevado, aprovechó el auge de Guayaquil para rifar, entre los desheredados de la tierra y a precios favorables, según él, una casa avaluada en dos mil doscientos pesos, y, como atractivo, anunciaba que estaba ubicada en la calle San Juan.²⁶

A falta de mejor espectáculo, los viernes se volvió obligado un “divertido y encantador” paseo al mercado.²⁷ Con la mixtura de olores de frutas, verduras y carnes, y con la algarabía de vendedores y clientes como fondo, se cruzaban los pasos de ricos y pobres por las ordenadas galerías de la plaza, que en sus primeros años solo se usó en forma de cruz.

Tras un pedazo de pan o algunos centavos, también comenzó a merodear por esa plaza, de ochenta metros de ancho por ciento veinte de largo, una “nube” de *emboladores* y mendigos. Los pies descalzos de esta “plaga” de muchachos, que no superaban los 16 años y que, en su mayoría, se habían volado de la casa paterna vestidos de pantalones cortos, recorrieron con frecuencia y predilección las calles Posada Berrío, Amador, La Alhambra y Díaz Granados, vías que formaban el marco del naciente mercado.

No lejos de allí, en dirección a los meandros del río, bajo las condiciones que imponen las lagunas, algunos pobladores pobres fueron ganándose terreno a los pantanos. Lugares baldíos entre la nueva plaza y el puente de Guayaquil, o de La Concordia como también lo llamaban, con patos silvestres surcando el cielo, se convirtieron en calles y callejones irregulares, en donde se alzaron modestas casas de bahareque y paja.²⁸

Desde entonces, y sin pausa, siguieron llegando a Guayaquil comerciantes, constructores, artesanos, negociantes, *emboladores* y mendigos.

Amador, “el amo del oro”, estaba en uno de sus rutinarios viajes a Europa y por ello no estuvo en la inauguración del mercado cubierto, que había mandado a levantar. Para este millonario y aristocrático cartagenero, la plaza y el barrio dejaron de ser un

edificio y unas calles modernas con hermosas casas de balcón en medio de extensas *mangas*. Su obra en aquellos parajes pantanosos había terminado. Por inercia, sus inversiones en aquel lugar de la ciudad continuaban y todo era cuestión de esperar el paso del tiempo. Sus arcas, una vez más multiplicadas, y el calificativo de hombre cívico y progresista eran suficiente recompensa. Desde entonces, fueron otros los pobladores de Medellín, cada vez más numerosos, quienes moldearon el naciente barrio a su antojo.

Resistir

Varios de los concurrentes a las celebraciones patrias del 20 de julio de 1894 resultaron heridos. En la nueva plaza, los soldados del Batallón Junín, sin razón conocida, apuntaron sus armas a la muchedumbre curiosa, que quedó perpleja con las “evoluciones” de sus militares.²⁹ La pólvora, como impronta, selló los sucesos en el devenir del intrincado y truculento barrio, objeto de odios y amores viscerales. Desde aquella parada militar, Guayaquil fue adquiriendo un orden particular.

Un pesar enorme se había apoderado de Ismael Pineda, el director del periódico *Las Novedades*, cuando visitó el mercado, justo un año después de su inauguración. Los *vivanderos* habían transformado la moderna edificación, de estilo europeo, en una cocina ambulante, *muladar con burladero*, solo comparable con las peores calles de Bogotá. El olor penetrante de morcillas, longanizas, tamales, empanadas y sopas, el desorden de cómodas y armarios recién elaborados y los espesos depósitos de *jícaras* y costales en las galerías, impedían disfrutar de la belleza del edificio, caminar con libertad, y hasta el tranquilo paso del aire. Desde entonces, para muchos, se acabaron los paseos del viernes a Guayaquil, convertido a solo un año de la apertura del mercado en una especie de plaza de fiestas populares.

En octubre de 1895, una casa comercial decidió ofrecer, en avisos publicitarios de prensa, los edificios y terrenos que poseía en este barrio, con una pérdida de cien mil pesos, cifra exagerada por

supuesto, por el rápido desprestigio sufrido en aquel vecindario, cuyo futuro era, según argumentaban, de pronóstico azaroso.³⁰

Por esos días, el alcalde municipal recibió un enérgico reclamo de Eduardo Vásquez, de los señores Restrepo y de los más respetables comerciantes del barrio para que le devolviera la belleza, comodidad y elegancia “primitivas” al mercado cubierto. Con esta petición, los negociantes pretendían evitar la competencia de los vendedores de víveres del mercado, llamados *vivanderos*. La medida coercitiva del alcalde obligó a retirar las cómodas, que servían de depósito. Esta vez, los Restrepo y los Vásquez ganaron el pulso, pues la medida favorecía el alquiler de sus bodegas y locales ubicados allí.³¹ Lo que no pudieron impedir, ni el alcalde ni los comerciantes, fue la costumbre de los forasteros de usar las calles cercanas a la plaza como excusados públicos. Al salir del mercado, damas y caballeros elegantes desviaban la mirada ante el espectáculo gratuito del estiércol humano en las aceras.³²

Desde sus inicios, se generaron en Guayaquil múltiples malentendidos y desacuerdos. De cualquier tienda y a cualquier hora tiraban, de sorpresa, todo tipo de líquidos, que se estrellaban contra las calles empedradas, paso regular, además de personas, de caballos, cerdos, bueyes, vacas, perros y gatos. Por supuesto, se armaban fuertes broncas cuando los pulperos arrojaban, por ejemplo, *aguamasa* vinagre, con desperdicios de verduras, cáscaras y otras inmundicias afuera de sus negocios, y bañaban de pies a cabeza a algún infortunado caminante, que como única excusa recibía una inesperada pregunta: “¿Y por qué pasa usted cuando yo boto mis desperdicios?”.³³

Por aquellos dominios, los paseantes no solo debían prestar atención a las desagradables sorpresas de los cuerdos. Cada tanto aparecía algún loco sin control. Por varios días de junio de 1895, en la calle Maturín, una mujer furiosa estuvo repartiendo palmadas, patadas y saliva a cuantos vio sin importarle las intimidaciones que le hacían los agentes de policía del Barrio Sur. La inquietud que causó su demencia entre la gente solo fue superada por los desvaríos de una joven desnuda que, un domingo del mismo mes, había surcado las aguas del río. Sus lágrimas caían sobre la corriente, gritaba por su

hijo y se golpeaba la frente contra los árboles de las orillas, ante la mirada curiosa de fortuitos espectadores.

Como dementes, también, fueron tratados los consumidores de bebidas embriagantes. Las nuevas cantinas y cafés de Guayaquil perfilaron un paraíso inédito para la borrachera popular, y, allí, aumentó el número de bebedores de la ciudad. Posesos por el alcohol, no pocos antioqueños escuchaban indiferentes las amonestaciones de Joaquín Pardo y Vergara, obispo de Medellín, que en su pastoral de la Semana Santa de 1894 hablaba en el púlpito, irritado y furioso, por el inmoderado abuso del aguardiente y la cerveza en Medellín.³⁴ A los reclamos del jerarca se unieron los policías. Acuciosos, los uniformados pegaron listados en las paredes de la población con los nombres de vagos y borrachines trasnochadores, a quienes persiguieron sin tregua y que, por centenares, fueron conducidos a la cárcel municipal.³⁵ A su modo, los soldados del Batallón Junín también se sumaron a la labor encabezada por el obispo. Para corregir el perverso vicio del alcoholismo, solían bañar con agua fría, en las horas de la madrugada, la humanidad de los hombres que dormían su borrachera en un estrecho calabozo.³⁶ En la resaca de los sorprendidos borrachos no valía brebaje, ni coca, ni antipirina, para calmar los insoportables dolores de cabeza, avivados con los sorprendivos baños de los soldados.

Poco eco hallaron obispo, policías y soldados. Sus sermones y castigos fracasaron. En las noches las cantinas de bebidas *espiritosas* seguían de puertas abiertas para los incorregibles borrachines.

Algo similar ocurrió con las meretrices. El corte de cabelleras, ideado por las autoridades, no consiguió ahuyentarlas. Como si se tratase de otra invasión, una perturbadora nube de langostas apareció por cuanta calle había en el Barrio Sur. Después de la rapada, las mujeres habían aprendido a desconfiar de los policías. Cuando el inspector mandaba a un piquete de guardias por ellas, se refugiaban en otros barrios. Perseguidas en todas partes, con espíritu nómada, solían ir y venir de un lado a otro, para ponerse a salvo de tijeras de alcaldes y carceleros.³⁷